

al mundo, y suplico á la divina clemencia que á ellos y á mí tan humildes, pacientes y caritativos, y tan menos,preciadores del mundo y sus vanidades, honras y dignidades, como yo veo que lo son los de la Compañía de Jesús, que creo no nos haría pequeña merced Jesucristo nuestro Señor. A dos de Enero 1554 años.—*El Dr. Torres.*

»Después de haber firmado se me ofrece una razón contra los que murmuran de los Ejercicios, y sea así: que ellos han hecho toda la diligencia posible inquiriendo si hay errores en los Ejercicios, y hago esta razón contra ellos. Ellos han hecho gran diligencia en saber si hay errores; si después de hecha la tal diligencia dicen que los hay, el papa ha hecho tanta y mayor diligencia que ellos, como parece en la aprobación, y después de hecha dice que ningún error halla en los Ejercicios. Díganme ahora los tales á quién es más razón que crea yo, al papa ó á ellos. Cierta esta razón, á mi parecer, basta para convencer á todo hombre de buen entendimiento, para que no hablase en los Ejercicios más de para loarlos.»

Con esta brillante defensa y con las censuras favorables de los doctores Cuesta y Vergara, que también corrieron de mano en mano, desvaneci6se fácilmente la polvareda levantada contra los Ejercicios. El año siguiente, 1554, mientras el P. Nadal promulgaba las Constituciones, le propuso el inquisidor D. Diego de Córdoba que presentase á la Inquisición los Ejercicios para que, aprobados por tan respetable tribunal, estuviesen seguros contra las impugnaciones de los malévolos. Respondió prudentemente el P. Nadal que un libro aprobado por la Santa Sede no debía someterse á ningún tribunal del mundo, y viendo que ya cesaba la tempestad, no creyó necesario dar paso alguno en este negocio. Content6se con enseñar á los superiores el verdadero sentido en que debían entender algunos pasajes criticados en los Ejercicios (1).

(1) *Vide Epistolae P. Nadal*, t. I, p. 243. Polanco, *Historia S. J.*, t. IV, p. 473.

CAPÍTULO XI

PROMULGACIÓN DE LAS CONSTITUCIONES

(1553-1554)

SUMARIO: 1. Quién era el P. Jerónimo Nadal.—2. Sus proezas en Sicilia y en África.—3. Promulga las Constituciones en Sicilia.—4. Es enviado á España con el título de Comisario.—5. Pasa rápidamente por Barcelona, Valencia, Cuenca y Alcalá, y dirígese á Portugal, donde empieza á promulgar las Constituciones.—6. Á fines de 1553 entra en España y da principio á la promulgación por el colegio de Córdoba.—7. Visita en Toledo á Siliceo, y durante un mes promulga las Constituciones en Alcalá.—8. Proyectos de colegio en Santiago.—9. Junta Nadal en Medina del Campo á los principales Padres, y divide la Provincia de España en tres: Castilla, Aragón y Andalucía.—10. Juicio que da sobre los principales Padres de España.—11. Visita rápidamente los otros colegios, y vuelve á Roma por Octubre de 1554.

FUENTES CONTEMPORÁNEAS: 1. *Cartas de San Ignacio*.—2. *Regestum S. Ign.*—3. *Epistolae P. Nadal*.—4. *Epistolae mixtae*.—5. *Litterae quadrimestres*.—6. *Toletanae provinciae catalogi*.—7. Polanco, *Historia S. J.*—8. *Constituciones S. J. latinae et hispanicae*.—9. *Miscellanea de regulis S. J.*—10. Ribadeneira, *Historia de la Asistencia de España*.—11. Castro, *Historia del colegio de Alcalá*.—12. Archivo de Estado en Roma. *Examina Patrum ac Fratrum*.

1. Llegamos al hecho más importante de nuestra historia durante el generalato de San Ignacio, cual fué la promulgación de las Constituciones. Después de haber implorado la luz del Espíritu Santo con increíbles oraciones, lágrimas y gemidos; después de haber trazado en diversas ocasiones varios bosquejos sobre puntos particulares de nuestro Instituto; después de haber consultado la experiencia en algunos colegios de la Compañía; después de haber redactado completamente todo el cuerpo de las Constituciones en el trienio de 1547 á 1550; después de haber mostrado lo escrito á los primeros Padres de la Compañía que pudieron acudir á Roma en 1551; después de haber retocado su obra según las observaciones que ellos le hicieron, por fin, el año 1552 determinó nuestro santo Padre Ignacio co-

municar á la Compañía las Constituciones que con tantas fatigas había elaborado, ó, por mejor decir, que Dios, exigiéndole previamente tantas oraciones, sacrificios y consultas, se había dignado inspirarle.

Para este delicado ministerio se requería un hombre superior, y San Ignacio le halló en el P. Jerónimo Nadal. Era este Padre de estatura mediana, por no decir pequeño; de rostro vivo y modesto, y con la humildad religiosa que fácilmente encubre las interiores prendas del espíritu, no aparecía á primera vista el mérito de aquel hombre extraordinario. Pero la claridad del entendimiento, cultivado en las universidades de Alcalá y de París, el gran juicio práctico para tratar los negocios, la fecundidad de medios para conseguir lo que deseaba, la actividad y energía en el obrar, la mucha experiencia de mundo, y lo que realizaba maravillosamente estas dotes naturales, la sólida formación religiosa que había recibido de manos del mismo San Ignacio, hacían del P. Nadal un superior admirable y apto como ninguno para la obra que deseaba hacer el santo Patriarca (1). Ya recordará el lector la singular vocación de este hombre á la Compañía, en la cual entró á fines de 1545. Los dos años siguientes, 46 y 47, vivió siempre al lado de San Ignacio, dirigido por el mismo santo en todas las prácticas de la vida religiosa. Cuando en 1548 se trató de enviar la expedición de Sicilia, fué escogido el P. Nadal para rector del primer colegio que se debía abrir en aquella isla, en la ciudad de Mesina. Con este objeto salió de Roma en el mes de Marzo, y después de los percances y trabajos que eran tan ordinarios en los viajes de entonces, entró en Mesina con sus compañeros el 8 de Abril de 1548 (2).

2. Como es de suponer, en aquellos principios, cuando se abría un colegio con tan pocos sujetos y recursos, el rector tenía que serlo

(1) Véase cómo le describe el P. Sacchini, el cual, aunque no conoció personalmente al P. Nadal, trató en Roma, á fines del siglo XVI, con muchísimos Padres que le habían conocido: «*Staturae fuit modicae potius quam pusillae, vultus in modestia ac religione admodum vividi. Porro animo indefessus, industrius, acer: ingenio non solum ad rerum humanarum, divinarumque scientiam promptissimo, sed etiam ad res gerendas, viasque negotiorum ineundas sagacitatis et efficacitatis eminentiae.... Sane non aliorum modo Patrum de Societate, atque etiam externorum virorum principum, qui hominem nossent, sed etiam Ignatii, quod potest instar omnium esse iudicium, ea fuit opinio, ubi implicatum negotium, atque arduum esset, aptiorem ad omnia explicanda ac transigenda ex voluntate, Natali non facile inveniri.*» (*Historia S. J.*, P. IV, l. VIII, n. 25.)

(2) Véase la relación de este viaje en dos cartas mandadas por Nadal á Roma, una desde Nápoles y otra desde Mesina. (*Litterae quadrimestres*, t. I, ps. 91 y 94.)

todo, y ejecutar á la vez los más variados oficios. Por eso el P. Nadal se presenta por entonces con los cargos de rector, maestro de hebreo, maestro de teología, maestro de moral, ó, como entonces se decía, de casos de conciencia, predicador el más asiduo de casa, confesor de las familias principales, consultor, en fin, del virrey en los negocios piadosos, que el buen Juan de Vega ejecutaba principalmente por medio de la Compañía. La clase de hebreo la dejó pronto á otro Padre; pero en cambio tomó á su cargo el explicar los días de fiesta las epístolas de San Pablo en la catedral (1). Á todos espantó la actividad pasmosa de este hombre, sobre todo cuando miraban la poca salud que hasta entonces había gozado en Roma. Atribuyóse á un milagro de la obediencia el que pudiese llevar tan excesivos trabajos quien hasta entonces había estado bastante enfermizo, sin poder emprender ningún ministerio ni trabajo notable. Dios, sin duda, premiaba la humildad y obediencia de este santo varón (2).

Pues si salimos del colegio para verle trabajar en los ministerios con los prójimos, causa admiración el entusiasmo con que nos hablan de él las relaciones contemporáneas. Oigamos al P. Benito Palmio, el que había de ser con el tiempo Asistente de Italia, y entonces era maestro del colegio de Mesina. «Empezaré, dice, por nuestro Reverendo Padre en Cristo Nadal, cuyo espíritu nos mantiene á todos en el Señor. ¿Quién más diligente que él? ¿Quién más fervoroso? ¿Cuándo descansa? ¿Qué trabajo no emprende? ¿Cuándo cesa un punto de mirar por la gloria de Dios y el bien de las almas?» (3). Prosigue luego refiriendo con entusiasmo las diligencias que hizo Nadal para que se hiciesen rogativas públicas en toda la isla cuando se temía una invasión de turcos, y después describe los trabajos que el mismo Padre está llevando á cabo en África, adonde partió con la armada del virrey. Fué verdaderamente un arranque generoso, que hoy calificaríamos de fervor indiscreto, el ofrecerse á sí mismo, siendo rector, para acompañar á los soldados en la expedición al África que se verificó por Julio de 1551.

(1) Véase Polanco, *Historia S. J.*, t. I, p. 282.

(2) Así lo explica el P. Polanco, que había estado un año en Roma al lado del P. Nadal. (*Litterae quadrimestres*, t. I, p. 138.)

(3) «*Atque a Rdo. in Christo P. nostro Natali incipiam, cujus spiritu et alimur et nutrimur omnes in Domino. Quantum enim prosit nobis, tum maxime sentimus cum illo caremus. Quis enim eo diligentior aut ferventior? Quando quiescit? A quibus sibi laboribus parcat? Quando Dei gloriae et proximorum saluti non invigilat?*» (*Litterae quadrimestres*, t. I, p. 425.)

Con todo eso, allá se lanzó Nadal, y una vez desembarcado, empezó á ejercitar entre los soldados los ministerios apostólicos. Predicaba á menudo delante de los capitanes y gente de guerra, hacía todos los días una explicación del catecismo, á la cual solía asistir D. Fernando de Vega, hijo del virrey, y además enseñaba los puntos más necesarios de la moral á varios sacerdotes que acompañaban á la expedición, y no estaban muy sobrados de teología. Entre los soldados procuraba componer las discordias, y fuera de otros bienes espirituales que consiguió, hizo volver á Sicilia á varios frailes apóstatas que, deseando más libertad, habían sentado plaza de soldados. Activó, por otra parte, la erección de un hospital, donde todos los días servía con mucha humildad y caridad á los enfermos. Entusiasmado al referir esto, exclama Benito Palmio: «¿Quién no amaré á este Padre? ¿Á quién no edificaré su conducta?» (1).

En estas gloriosas fatigas pasó Nadal desde Julio hasta Noviembre de 1551. Aunque admirasen su celo San Ignacio y los otros Padres de Roma, escribiéronle, sin embargo, que volviese á Sicilia, donde era indispensable su presencia (2). Obedeció el Padre, y dispuso tornar con las galeras que habían de venir á Sicilia, concluido el principal objeto de la expedición. No quería soltarle el general D. Sancho de Leiva, que había de quedar con buena parte del ejército para guarnecer lo conquistado. Trató, pues, de ocultar al misionero la salida de las galeras, y dispuso que partiesen una noche con mucho secreto, dejando en tierra á nuestro héroe. Así se hizo, ó se creyó hacer; pero cuando ya iban navegando en alta mar las galeras, asomó dentro de una el P. Nadal. Dice el P. Vinck que nuestro misionero conoció por revelación la salida de las naves y pudo con tiempo meterse en una (3). Creemos que sin revelación de Dios tenía Nadal bastante talento para no dejarse coger en el piadoso ardid de D. Sancho de Leiva. Cuatro años pasó en Sicilia, arrebatando la admiración de propios y extraños, así por la prudencia con que gobernaba el colegio de Mesina, como por el celo con que ejercitaba los ministerios apostólicos.

Si los elogios tributados al P. Nadal por los PP. Palmio y Vinck pudieran tomarse como una efusión cariñosa del amor filial, ahora

(1) «*Quis autem eum non amet? Quem ipse non aedificat?*» (*Litterae quadrimestres*, t. I, p. 427.)

(2) *Litterae quadrimestres*, t. I, p. 475.

(3) *Ibid.* Véase también á Polanco, *Historia S. J.*, t. II, p. 239.

podrán ver los lectores otro elogio más conciso y severo, pero seguramente mayor, de la misma persona. Véase cómo le retrata el P. Polanco, escribiendo al Provincial de Portugal, Diego Mirón: «Es el P. Nadal persona de grande entendimiento especulativo y práctico, y así, no solamente es docto en todos géneros de letras y prudente en el gobierno y enderezo de las cosas agibles, pero señalado en la una parte y la otra, como allá lo verán si lo tratan. Cuanto al espíritu, es persona que muy de veras se ha dejado poseer de la divina gracia; y sería muy larga historia contar sus cosas después que entró en la Compañía aquí en Roma, viniendo al Concilio hará ocho ó nueve años. Tiene mucho conocimiento de nuestro Padre Maestro Ignacio, porque le ha tratado mucho, y parece tiene entendido su espíritu y penetrado, cuanto otro que yo sepa de la Compañía, el instituto de ella. Y con esto, en humildad y obediencia perfecta, no solamente de ejecución, pero de voluntad y entendimiento, es de los que más constantemente se han mostrado ser verdaderos hijos desta Compañía. Sin esto, es hombre de grande ánimo en el servicio divino y para cosas grandes y universales, y en todas, finalmente, muy estrenuo [vigoroso]. Y esto he querido escribir porque V. R. esté al cabo de lo que se siente de su persona, y *nolite secundum faciem judicare, sed rectum iudicium iudicate* [no juzguéis por la cara, sino juzgad de las cosas con rectitud]» (1). Magnífico encomio, dado por un gran maestro, y que basta para tener á Nadal por un religioso de primer orden en santidad y talento de gobierno.

3. Este fué el hombre que San Ignacio escogió para la grande obra de promulgar las Constituciones. Ya desde el año 1548 le había querido dar la profesión solemne de cuatro votos. El humilde Padre rehusaba este favor, proponiendo que se le admitiera como coadjutor espiritual. Añadía que, de hacer la profesión, sería su gusto ofrecerla en manos del P. Ignacio, por la singularísima devoción y amor que tenía al santo patriarca (2). Suspendióse, pues, este negocio hasta el año 1552. Entonces San Ignacio le llamó á Roma y recibió su profesión solemne el día de la Anunciación, y luego, tomando el libro de las Constituciones, se lo puso en las manos, mandándole promulgarlas en Sicilia. Volvióse, pues, Nadal á aquella isla, teatro gloriosísimo de sus fatigas apostólicas, y durante varios meses recorrió todas las ca-

(1) *Regest. S. Ign.*, t. I, p. 66.

(2) Polanco, *Historia S. J.*, t. I, p. 286. Véase también *Epistolae P. Nadal*, t. II, p. 6.

sas de la Provincia, ajustando las costumbres de todos á las reglas escritas que llevaba de Roma (1).

4. El 21 de Enero de 1553 le llamaron otra vez á Roma (2), y se presentó en la Ciudad Eterna á principios de Marzo (3). Entonces fué cuando San Ignacio le encomendó el cargo de Comisario general de España, dándole plena autoridad sobre los Provinciales y Provincias de la Península, con facultades absolutas para hacer, en nombre del General, cuanto juzgase conveniente al bien de la Compañía, y con encargo de promulgar las Constituciones y de ajustar á ellas la vida, así de los individuos como de las comunidades. «Porque V. R. sea informado, decía Polanco al Provincial de Portugal, de la ida y persona del P. M. Jerónimo Nadal, que envía nuestro Padre á Portugal, las causas de la ida son éstas: Una para les ayudar en la nueva forma de las escuelas que en ese reino se han de instituir, como el que mejor lo entiende que otro que acá se sepa, por haberlo tratado y practicado mucho y con muy buen suceso; que los colegios mejor fundados y ordenados en todo lo que por estas partes tiene la Compañía, son los que él ha ordenado en Sicilia. La segunda es para que les declare las Constituciones de la Compañía, que lo sabrá bien hacer, como persona que tiene entendida y penetrada la mente de nuestro Padre Maestro Ignacio» (4).

Además de estas causas aducidas por el P. Polanco, no debe desatenderse una que el P. Ribadeneira pone en primer lugar para la misión del P. Nadal, y fué, dice, «querer nuestro Padre visitar y consolar á todos sus hijos que estaban en estos reinos, y no pudiendo por su propia persona, porque su edad, poca salud y las ocupaciones forzosas que tenía en Roma para plantar, extender y gobernar la Compañía, no le daban lugar, quiso hacerla por otra, enviada de su mano, y así fué la venida del P. Nadal muy provechosa para esto, y para que todos los de la Compañía de acá entendiesen el cuidado que su bienaventurado Padre tenía de ellos, y que desde Roma los enviaba á visitar y consolar» (5). Idea dulcísima, que da á entender cuán paternal es el gobierno de la Compañía. Lo mismo veremos procla-

(1) Véase la fórmula de su profesión en *Epistolae P. Nadal*, t. 1, p. 129, y después de ella algunas cartas que escribió desde Sicilia mientras promulgaba las Constituciones en aquella isla.

(2) *Regest. S. Ign.*, t. 1, f. 90.

(3) *Epistolae P. Nadal*, t. 1, p. 142.

(4) *Regest. S. Ign.*, t. 1, f. 66.

(5) *Hist. de la Asistencia de España*, l. 11, c. 1.

mar catorce años después al P. Gil González Dávila, cuando visitaba las Provincias de Aragón y Castilla. «El primer oficio del Visitador, decía, es ser consolador» (1).

5. Salió de Roma el P. Nadal el 11 de Abril de 1553, y desembarcó en Barcelona el 5 de Mayo (2), y desde allí se dirigió á Valencia, donde entró el 24 del mismo mes (3). Aunque llevaba intención de empezar sus trabajos por la Provincia de Portugal, ya en este paso por Barcelona y Valencia enderezó algunos negocios pertenecientes á aquellos colegios. Apenas había llegado á esta última ciudad, juntósele el P. Pedro Tablares, á quien enviaba el P. Araoz para servir y acompañar al Comisario. En los pocos días que éste se detuvo en Valencia sintiéronse buenos efectos de su venida.

Era por entonces virrey el duque de Maqueda, aquel mismo que dos años antes, siendo virrey de Navarra, había llamado á San Francisco de Borja y le había tenido tres semanas en Pamplona. Ahora, oyendo que era llegado el P. Nadal, le convidó á comer. Aceptó la invitación el P. Comisario, y presentóse en casa del duque en compañía del P. Tablares. Después de la comida, encerróse el virrey con el P. Nadal y le dió cuenta minuciosa de todos sus negocios, pidiéndole consejo y dirección para acertar en ellos. Á esta confianza correspondió su interlocutor dándole noticias de la Compañía, y al fin le pidió su favor para la iglesia que deseaba edificar el colegio de Valencia. Acogió la súplica con mucho agrado el virrey, y otro día, llevando consigo á su hijo el marqués de Elche y á un gran séquito de caballeros, llegóse á nuestra casa para oír misa. Concluído el acto, visitó el solar que se destinaba para la iglesia, y allí, en presencia de grande y lucido concurso, después de elogiar con palabras afectuosas á la Compañía, dió la primera limosna para la construcción del templo. Esta protección del virrey, y la que al mismo tiempo nos dispensaba el arzobispo Santo Tomás de Villanueva, hicieron muy respetable el nombre de la Compañía en Valencia, de modo que pudo escribir el P. Tablares por aquellos días: «Á lo que veo, no sé si hay en esta ciudad religión más respetada y acreditada que la Compañía» (4).

Gozando de tanto crédito nuestros Padres, no es maravilla que se

(1) Gabriel Álvarez, *Hist. de la Provincia de Aragón*, l. 11, c. xciv.

(2) *Epistolae P. Nadal*, t. 1, p. 148.

(3) *Epistolae mixtae*, t. 111, p. 319.

(4) *Epistolae P. Nadal*, t. 1, p. 763.